

NUESTRA SEÑORA DE LAS AGUAS.

*Ecce nubecula parva... et facta est
pluvia grandis.*

Hé aquí una nubecilla pequeña... y
empezó á caer una gran lluvia.

(III REYES, XVII, 44.)

¿Representan las aguas el símbolo de la cólera ó del amor, de la justicia ó de la misericordia? Si las consideramos cuando, abiertas las cataratas del firmamento, cayeron con tan aterradora abundancia, que sumergieron en horrible naufragio á los hombres y á las cosas, debemos decir, que anuncian la cólera y son ministros de la justicia. Pero, si con el pensamiento, lleno todavía de tétricas imágenes, nos referimos á las aguas que pidió Elías en el monte Carmelo, y las cuales fecundaron los campos de Israel trás de una asoladora sequía de tres años, se debe decir, que anuncian el amor y son ministros de piadosa misericordia.

Y puesto que honramos á María bajo el título de Nuestra Señora de las Aguas, ¿la llamaremos tal porque regule los rayos del Eterno y los dirija para castigo de los culpables; ó la veneraremos con este título porque detiene aquellos rayos y hace que se arrepientan los pecadores? No creo, amados hermanos, que haya ninguno de vosotros que quiera ó pueda dudar, de que María sea la Madre de las misericordias, y de que el título de Nuestra Señora de las Aguas indique precisamente su bondad y sus beneficios. El mismo motivo que indujo á nuestros antepasados á añadir este título á los innumerables títulos de María, nos lleva á la misma consecuencia. En efecto, ellos solían acudir á María, cuando hecho el cielo de bronce negaba á la tierra la lluvia y el rocío; y al ver que alcanzaban de repente la suspirada lluvia, se creyeron obligados á llamarla por un sentimiento de gratitud Nuestra Señora de las Aguas. ¿A qué aguas se referían sinó á aquellas que son indicio de la clemencia y de la gracia?

Hé ahí, hermanos míos, á lo que se dirige la solemnidad de hoy, ya que estas pompas de devoción nos llaman á considerar la generosa benevolencia que hizo á María amable á todos los corazones, y movió todos los lábios para invocarla. Ahora, pues, voy á hablaros de Aquella cuyo reino es el perdón, cuyo trono es la misericordia, y cuya corona es la bondad. Me es grato desarrollar este punto, ya por ser este el aspecto bajo el cual prefiere ser presentada, ya también porque si existe algún arte en nuestra elocuencia, consiste, precisamente, en conmover y consolar los corazones.

No esperéis, hermanos míos, que con prestadas frases ó con rebuscado artificio quiera dar á mis palabras aquel valor y aquella grandeza que solo la verdad puede inspirar. Al hablar de Nuestra Señora de las Aguas, hablo de las gracias de María, y si lograrse que en mi discurso brillase un solo rayo de la belleza de este asunto, podría lisonjearme de que no resultaría en vano mi sencilla oración. Pidamos ántes la gracia: A. M.

El agua es símbolo de la gracia. El mismo Dios, que es el autor de la gracia, y que conoce su naturaleza y valor, la comparó precisamente con el agua; y cuando Jesús, en el territorio de la famosa ciudad de Sicar, fatigado, se sentó junto á la fuente de Jacob, dirigiéndose á la Samaritana, se sirvió de esta comparación para manifestarle los secretos de la gracia: *Cualquiera que beba de esta agua, tendrá otra vez sed; pero quien bebiere de la que yo le daré, nunca jamás volverá á tener sed.* (JUAN, IV, 13.) María es llamada, precisamente, Nuestra Señora de las Aguas por ser Nuestra Señora de las gracias.

¿Y por ventura las gracias no nos vienen de María? ¿No es su corazón, que, conmovido de nuestras miserias, derrama sobre nosotros el rocío del consuelo? ¿No son sus manos las que hacen llover continuamente sobre nuestros corazones las aguas de la beneficencia?

No creáis que estas gracias sean solamente para los justos, pues, las gracias de María son como las aguas que hacen reverdecer las mismas plantas marchitas. Es opinión común de los Padres, que la hermosa Rebeca, cuando con toda cortesía alargaba el cántaro para beber, no sólo Eliezer, sinó que también sus camellos, es una figura de la Sma. Virgen, que distribuye sus gracias á los justos y á los pecadores. De Ella bebe el ángel la gloria, la perfección el justo, el pecador el perdón, la alegría el triste y la libertad el cautivo.

Es verdad que los Santos pueden también alcanzarnos gracias de Dios; pero sus gracias no pueden compararse con las aguas que

corren por todas partes y se difunden por todos los lugares: y son siempre inferiores á las de María, cuyo ministerio sobrepuja al de todos los demás por su universalidad y eficacia. Por su universalidad, porque la intercesion de los Santos se limita á ciertos países, á determinadas y á ciertas gracias; mas la de María, declarada patrona universal del humano linaje, se extiende á todas las gracias, á todas las personas, á todos los países, y á todo el mundo. Los sobrepuja por su eficacia, porque los Santos no siempre son oídos, y María lo es siempre, hasta hacer trocar, en cierto modo, los decretos de la Providencia, como se verificó en las bodas de Caná. Las gracias de los Santos son como las aguas de un arroyo, las que riegan pocas plantas; y las de María son como las aguas del río, que riegan los campos y benditas corren de lugar en lugar.

Mas ¿qué digo de los Santos, si iba á decir, que la abundancia de las gracias alcanzadas por intercesion de María sobrepuja á la abundancia misma de las gracias que recibimos de Jesús? Al expresarme de esta suerte, no quiero decir, que Jesús no sea el mediador, pues, solo á Él se deben pedir las gracias, y solo de Él las debemos esperar: su palabra fué la luz de todas las naciones, su sangre el precio de todos los pecados, su muerte un sacrificio público; y constituido entre el Cielo y la tierra, tan sólo Él es nuestro verdadero y único Bienhechor; no obstante, el mismo Jesús quiere, que todas sus gracias las recibamos por María.

Y obra así con la mira de que nuestro ánimo se entregue á la confianza. Por eso nos habló del Publicano, que fué á orar en el Templo y le perdonó; se dejó ver fatigado y sediento por el camino que había andado, en amigable coloquio con la Samaritana; nos dejó oír las dulces palabras de perdon dirigidas á la Magdalena; nos conmovió con la magnánima promesa de la eterna gloria anunciada á un ladron sobre el Calvario; y manifestando su bondad en las amorosas maneras, con que devolvía la vista á los ciegos, la palabra á los mudos, la salud á los enfermos y la paz á los atribulados, procuraba infundir la confianza en nosotros. Mas, para conseguir este fin, á que le impelia incesantemente su misericordia, no bastaba que se hiciese semejante á nosotros por su humanidad, ni tampoco sus maneras afables y generosas. En primer lugar, era hombre, y un hombre no nos inspira tanta confianza como una mujer; además, era padre, y más bien que el carácter de padre despierta confianza en los hijos el carácter de la madre; en tercer lugar, era Dios, el cual siendo esencialmente justiciero, no podíamos ménos de considerarle

nuestro Juez. Así, pues, ¿qué hace? Nos dá á María, la constituye nuestra intercesora y abogada, nuestra esperanza y salvacion, nuestro refugio y ayuda, nuestra hermana y amiga, nuestra reina y nuestra madre. No contento de esto pone á María como un puente entre Él y nosotros, á fin de que por el mismo camino que Él viene hácia nosotros, podamos dirigirnos hácia Él; no satisfecho aún, se despoja, como quien dice, de su poder, y quiere que todas sus mercedes, todos sus beneficios y todas sus gracias las recibamos de manos de María.

¿Dudaremos, pues, de que María pueda y deba llamarse Nuestra Señora de las Aguas, si las aguas significan las gracias, y si las gracias las recibimos de María y por María? No creo, amados hermanos, que tenga que insistir más sobre este punto, y paso á mostrarnos el parangon que existe entre los efectos del agua y las gracias de María.

El agua limpia los cuerpos de todas las impurezas; y la gracia de María hace que las almas arrepentidas, volviendo á aquel Dios, de quien se habían alejado, por la confesion de sus faltas y la palabra del perdon pronunciada sobre ellos, se laven de las culpas cometidas, y queden limpias de las manchas con que se habían contaminado. En verdad, esta Madre piadosísima, con una bondad maravillosa, se coloca entre Dios y los pecadores; y por más que éstos hayan desconocido los beneficios de su amor infinito y ofendido su majestad suprema, defiende su causa é interpone á favor de los mismos su poderoso patrocinio. Con una mano detiene los rayos de la divina justicia, con la otra invita á los culpables al arrepentimiento, y parece como que no tiene reposo hasta haber colocado á los penitentes en el camino de la salvacion. Por eso los Doctores, hablando del corazon compasivo de María para con los pecadores, la comparan á la Piscina probática, donde recobraban la salud aquellos que lograbán sumergirse en ella; y también dicen lavado, limpio y salvo al pecador, que se sumerja en este corazon y sea colmado de sus gracias. María es el puerto seguro para aquellos que han naufragado, la única esperanza de los extraviados, y Aquella cuya misericordia nadie, nadie, ha implorado en vano; es la única que no desprecia al criminal por más que el mundo entero le deseche. Le acoge con ternura maternal, y no le abandona sin haberlo ántes reconciliado por su intercesion con el Juez de los vivos y difuntos.

El agua refresca, y la gracia de María apaga los ardores de la concupiscencia. Sucede con harta frecuencia, hermanos míos, que á

causa de este infausto apetito que circula por nuestras venas desde el instante de nuestra concepcion, sentimos que la sangre nos hierve en las arterias, que la carne se rebela, y á causa de la vivacidad de nuestra complexion, por el ardor de los afectos y por la impetuosa mania de los deseos, nos hallamos sin armas é impotentes para resistir y vencer en la lucha. Los mismos Santos tuvieron que sufrir mucho en esta batalla; el mismo Apóstol sentía correr por sus miembros una ley contraria á la de su espíritu. Mas, asi como el agua extingue el fuego, tambien la gracia de María extingue en nosotros el ardor de la concupiscencia; y del propio modo que el agua recrea á los que están abrasados por los rayos del sol, la gracia de María recrea á aquellos que arden en llamas de las ocasiones peligrosas. María fué figurada por el cedro, porque así como el cedro tiene la particularidad de que no lo roe la carcoma, tambien la devocion á María tiene de singular que nos fortalece cuando la concupiscencia nos asalta.

El agua apaga la sed, y la gracia de María extingue la sed de los placeres terrenos, por la cual con frecuencia son arrastrados los hombres al mal ántes de que se descorra el velo de las ilusiones. Figurada en Rebeca, que ofreció una agua fresca al sediento siervo de Abrahán; simbolizada en la roca de la cual brotaba cristalina agua para el pueblo de Israel; predicha en la cisterna de Belen, cuyas aguas tanto anhelara David; María, derramando sus gracias en las almas que se arrojan á sus brazos, extingue en ellas aquella sed mundana por la que tanto suspiraban en otro tiempo. Eran víctimas de la sed de los honores; y María, que tanto quiso vivir siempre ignorada, por más que fuese constituida en tanta grandeza, muestra con su gracia la vanidad de las grandezas humanas, la miseria y la nada de las preeminencias terrenas. Eran víctimas de la sed de los placeres; y María, que tuvo siempre los ojos fijos al Cielo, y cuyo corazon no recibió el soplo de las diversiones del mundo, enseña con su gracia, que no hay gozo si no se disfruta de paz, y que no puede disfrutarse de paz sin la gracia de Dios. Eran víctimas de la sed de riquezas; y María, que amó siempre la pobreza y que se contentó en su humilde condicion, nos advierte con su gracia, los peligros que corren los ricos y las magnificas promesas hechas á los pobres.

El agua fecundiza el terreno, y la gracia de María hace que crezcan en nosotros las virtudes. Sucede con nuestro corazon lo que con la sagrada llama que ardía en el templo de Jerusalén. Encerrada ésta en yermo valle, y oculta por espacio de siete lustros en el fondo

de tenebrosa cisterna, no era más que un agua turbia cuando Nehe-mías mandó sacarla de aquel lugar; y nuestro corazon, que debería ser igualmente una llama de santo amor á Dios, no es más que agua cenagosa cuando ha incurrido en pecado. Ahora bien; así como el agua cenagosa, en que se había convertido la llama del sacrificio, brilló nuevamente esplendorosísima cuando, puesta sobre la amontonada leña, fué bañada por los ardientes rayos del sol; así nuestro corazon, que ha muerto á la virtud por las culpas de que se hizo reo, puede nuevamente elevar sus miradas al Cielo cuando le rodee la gracia de María.

El agua viva está siempre en movimiento, al contrario de la estancada; que es muerta; y la gracia de María vive en nosotros siempre activa y fecunda. En efecto; Ella no fué paragonada solamente á una fuente, sinó á una fuente que mana siempre; significando de esta suerte, que derrama de continuo nuevas gracias, nos aparta del mal, y nos dirige hácia el Cielo. ¡Ah! ¿Dónde os hallais ahora, vosotros, que, mediante el patrocinio de María, abandonasteis finalmente los cuidados que os tenían tan ocupados en los bienes transitorios de esta vida, y resucitasteis á la luz de la salvacion y del amor? Venid ahora y decidnos, á cuantas luces os abrió la mente, á cuantos dulces afectos os movió el corazon, de que santas impresiones os hizo dón, y de que poderosos impulsos os colmó? Ciertamente vuestro testimonio, mil veces superior á mis palabras, confirmaría plenamente mi proposicion con los argumentos de la realidad. Pero, ¿por qué dudar de ello, hermanos míos? María es la Madre de la vida; y así como la vida consiste en el movimiento, tambien su gracia es siempre activa y nos hace crecer en las virtudes y adelantarnos por el camino de la perfeccion: María es la Madre del Amor hermoso; y así como el amor no se fatiga nunca de colmar de dones á la persona amada, tampoco su gracia puede cansarse nunca de colmar á las almas devotas de nuevos bienes y de enriquecerlas con nuevos beneficios. María es la Madre de la salvacion; y así como no puede tener lugar nuestra salvacion sinó en el Paraíso, tampoco su gracia puede abandonarnos ántes de nuestra muerte, ni dejar de derramarse la gracia sobre nosotros, hasta el punto en que, evitados los peligros y vencidos todos los obstáculos, háyamos entrado en aquella morada de bienaventuranza inmortal.

Finalmente, el agua vivifica, pues la bebida es aún más necesaria para la vida que el manjar; y la gracia de María es como un alimento que nos sostiene en la vida espiritual; y en verdad, que si son

las virtudes las que nos alimentan en la vida del espíritu, es, precisamente, con las virtudes que se fortifica esta gracia; y si entre las virtudes la del santo amor á Dios es la mayor y la más nutritiva, al santo amor á Dios nos dirige esta gracia continuamente. Recordad que el pueblo Hebreo, libre ya del yugo de Faraon, mientras anduvo por el desierto, no solo fué protegido por una doble columna de sombra y de luz, sino también saciado de cristalinas aguas y alimentado con un prodigioso maná. Del propio modo nosotros, que andamos por el desierto de esta vida, tenemos necesidad de ser socorridos y alimentados durante el camino, por cuyo motivo se nos ha dado á María, columna que nos defiende, y agua que nos sostiene. El agua del desierto restauraba las fuerzas á todos aquellos que se fatigaban para llegar á la tierra de promision; y la gracia de María las restaura á cuantos se fatigan para alcanzar el Paraíso. El agua del desierto infundía valor á los Israelitas cuando debían combatir con sus enemigos; y la gracia de María infunde valor á sus devotos para vencer los impetuosos asaltos con que los embisten los espíritus del abismo. En una palabra; el agua del desierto conservaba la vida de los Hebreos; y la gracia de María conserva la vida espiritual de aquellos, que no quieren vivir por más tiempo con el corazón y con los afectos en medio del mundo, y desean ardientemente vivir con el corazón y con los afectos en el seno de Dios.

Y María nos concederá esta gracia y experimentaremos sus benéficos efectos. Acerquémonos, pues, cualquiera que sea nuestra miseria, á esta fuente de aguas cristalinas y saludables, á esta fuente tan abundante de gracias, que basta ella sola para saciar á todos los hombres. Pidámosle que, manantial de aguas vivas, riegue el valle de espinas, ó convierta nuestros corazones, y haga florecer en ellos todas las virtudes. Digámosla, que si la fuente primera puso sus complacencias en establecer en Ella los dichosos corales de las aguas espirituales, no tarde en fecundizar la árida tierra de nuestra morada, para que florezca cual otro Edén. Digámosla, que cuando la invocamos con el título de Nuestra Señora de las Aguas queremos significar, que es la Madre de las gracias, y que esperamos de Ella todos aquellos beneficios que el agua lleva al terreno seco, y todas aquellas gracias que nos conducirán al Paraíso.

NUESTRA SEÑORA DE LAS ALEGRÍAS.

Consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.

Sus consuelos llenaron de alegría á mi alma.

(SALM. XIV, 19.)

No cabe duda: María fué muy afligida durante su vida. ¿Y quién podría ponderar el dolor que sufrió cuando Simeon le predijo la espada de dolor, que en el sacrificio á que se había sometido el Hijo le traspasaría acerbamente el alma? ¿Quién podría expresar sus terribles aprehensiones cuando corría á Egipto para salvar á su Hijo de la feroz persecucion de Herodes? ¿Quién podría referir cuántos fueron los amarguísimos latidos de su corazón cuando, extraviado Jesús, tardó tres días en hallarle? ¿Qué colores podrían pintar, ó qué frases describir sus tormentos, ya cuando llegó á sus oídos la sentencia pronunciada contra su Hijo, ya cuando le encontró extenuado, moribundo y desangrado por el camino del Calvario, y aún más, cuando le vió pendiente de la Cruz?

Como no pueda caber duda acerca de los dolores de María, y de las continuas angustias que oprimieron su corazón, tampoco puede negarse que, de vez en cuando, experimentó tales alegrías, que podrían considerarse como una compensacion á los mismos dolores con que se vió afligida y á las mismas angustias que la atormentaron. Y esta razon fué, precisamente, la que movió al pueblo devoto á celebrar una fiesta consagrada á la memoria de los consuelos experimentados por la Virgen en el tiempo de su peregrinacion por la tierra. Por eso, los que la compadecieron en sus penas, quisieron considerarla en sus alegrías; y así como la acompañaron en las horas de desolacion, desearon asimismo acompañarla con sus pensamientos y con sus afectos en los días de su santa felicidad.

¡Ojalá pudiera yo en este día, dedicado á Nuestra Señora de las